

COMISIÓN DIOCESANA DE PASTORAL LITÚRGICA
Diócesis de San Juan de los Lagos

Subsidio litúrgico
para celebrar en familia

LA SEMANA SANTA
Ciclo A



**CAMINO DE LAS FAMILIAS CON
CRISTO EN SU MISTERIO PASCUAL**

- DURANTE LA EMERGENCIA SANITARIA -

INTRODUCCIÓN

El presente subsidio es un instrumento para poder vivir y celebrar el Triduo Pascual en familia –durante esta emergencia sanitaria- en la que nos vemos impedidos para participar en las celebraciones en la iglesia parroquial.

Es precisamente un instrumento, cada cual podrá elegir qué es lo que más le ayuda para santificar la jornada.

El Triduo Pascual ha de ser vivido y celebrado con celo y cuidado; por ello, para cada familia en casa debe ser un momento realmente oblativo y de encuentro con el Misterio. Para que así, todos se sientan fortalecidos y animados a ofrecer al Señor -triunfador del dolor y de la muerte-, su propia vida, los sufrimientos y angustias que vivimos en estos momentos.



CODIPAL

San Juan de los Lagos

ÍNDICE

Jueves Santo (Catequesis)	5
Celebración del Jueves Santo	6
<hr/>	
Viernes Santo (Catequesis)	12
Celebración del Viernes Santo	13
<hr/>	
Sábado Santo (Catequesis)	21
<hr/>	
Tiempo Pascual	
Vigilia Pascual (Catequesis)	22
Celebración de la Vigilia Pascual	23
Domingo de Pascua	33
Celebración del día	34
<hr/>	
Mensaje del Santo Padre Francisco con motivo de la bendición Urbi et Orbi el 27.03.2020	42

Unos momentos antes de iniciar, mientras se reúne la familia, es conveniente que quien va a guiar las celebraciones, se prepare espiritual e interiormente para la celebración.

Oración de preparación

Gracias, mi Dios y Señor,
porque me amas y me llevas a la intimidad de tu amor.

Gracias, mi Señor Jesús,
porque me has hecho instrumento de tu amor.
Me ungiste con unción sagrada,
soy otro Cristo como Tú,
que te inclinas ante el dolor humano.

Voy a recorrer caminos al encuentro del que sufre.
Toma mis manos, purifícalas,
para que con dignidad te lleven,
toma mis labios para
que sean resonancia de tu palabra,
toma mi corazón para que sea cuna de tu amor.

Toma mis piernas y mis pies
para que pueda seguir tus huellas,
toma todo mi ser para que sea
signo vivo de tu presencia.

Transfórmame en Ti, mi Señor Jesús,
para que lleve consuelo al que sufre,
para que lleve esperanza al que no la tiene,
para que lleve amor al abatido,
para que lleve alivio al desesperado,
como María te llevó en su vientre
yo te llevaré convertido en pan entre mis manos.

Amén.

JUEVES SANTO DE LA CENA DEL SEÑOR

- CATEQUESIS -

El santo triduo de la pasión y resurrección del Señor constituye la fuente y la cima del entero año litúrgico, al celebrar la obra de la redención de los hombres y de la perfecta glorificación del Padre cumplida por Cristo en su misterio pascual. Durante el triduo, la Iglesia conmemora los grandes misterios de la redención. En los oficios litúrgicos, las bienaventuradas pasión y resurrección del Señor se vuelven sacramentalmente presentes, para que los fieles renueven su vocación cristiana en la misma fuente de vida de la Iglesia y del mundo. La praxis litúrgica actual de la Iglesia romana considera que el triduo da comienzo la tarde del jueves santo, con la misa *in cena domini* (la cena del Señor), culmina en la vigilia de la pascua, y concluye con las vísperas del domingo de resurrección.

La celebración litúrgica de la Pascua hunde sus raíces en la comprensión que la Iglesia posee de sus orígenes.

La liturgia del triduo sacro se funda en la unicidad inescindible del misterio pascual de la pasión y glorificación de Cristo. Cada momento del triduo no debe considerarse aisladamente, sino en su relación mutua, de manera que toda su celebración tiene como punto central la santa vigilia pascual.

Con la misa vespertina *in cena domini* se abren las celebraciones del triduo sacro, esta. conmemora un triple misterio: la institución de la sagrada eucaristía, la institución del sacerdocio de la nueva ley, y el amor infinito de Cristo por los hombres con su mandamiento de la caridad fraterna, manifestado con el signo del lavatorio de pies. No obstante, los dos últimos misterios encuentran su fundamento en el sacramento de la eucaristía, fuente de todo don y máxima expresión de la entrega.

CELEBRACIÓN DEL JUEVES SANTO

Amar como Jesús nos ama.

Ritos iniciales

En la hora más oportuna, de preferencia por la tarde, reunida la familia en el lugar más acorde que hayan dispuesto para la celebración (hay que prever un pequeño altar: con un crucifijo, un par de velas encendidas, y un signo que recuerde el tiempo de cuaresma) y en un ambiente de silencio y recogimiento interior y exterior, tiene lugar la siguiente celebración que podrá ser guiada por quien haga cabeza en la familia.

Puede entonarse un canto apropiado, o el siguiente:

Donde hay caridad y amor

Allí está el Señor.

Allí está el Señor.

Una sala y una mesa,
Una copa, vino y pan,
Los hermanos compartiendo
En amor y en unidad.

Terminado el canto, el que guía dice:

En el Nombre del Padre del Hijo,
y del Espíritu Santo

Todos se santiguan y responden:

Amén.

Saludo

Luego el guía dice:

Bendigamos a Dios Padre,
que nos reúne en nombre de Cristo
para que unidos con toda la Iglesia
estemos en comunión los unos con los otros
por la fuerza de su Espíritu Santo.

Todos responden:

Bendito seas por siempre Señor.

Enseguida, hace la siguiente monición:

Lector: Al iniciar este tiempo glorioso de la pasión, muerte y resurrección de Cristo, nos reúne el Señor como familia, nos llama para hacernos sentir sus amigos, experimentar su amor, y para enviarnos a vivir su mandamiento con los nuestros.

Súplica de perdón

A continuación, el guía, invita a todos a pedir perdón, conscientes que quien necesite celebrar el sacramento de la Penitencia lo ha de buscar al paso de la contingencia sanitaria.

El guía invita al arrepentimiento:

En medio de esta emergencia sanitaria, en que realizamos este momento de oración familiar e iniciar este caminar con el Señor por medio de su pasión, muerte y resurrección, pidamos a Dios que nos conceda la conversión de nuestros corazones, reconociendo que estamos necesitados de la misericordia del Padre.

Se hace una breve pausa de silencio.

Después el guía dice:

Señor, ten misericordia de nosotros.

Todos responden:

Porque hemos pecado contra ti.

El guía prosigue:

Muéstranos, Señor tu misericordia.

Todos responden:

Y danos tu salvación.

El guía concluye con la siguiente plegaria:

Dios todopoderoso
tenga misericordia de nosotros,
perdone nuestros pecados
y nos lleve a la vida eterna.

Todos responden:

Amén.

Acabad la súplica de perdón, el guía dice la siguiente oración:

Dios nuestros, reunidos para celebrar la santísima Cena en la que tu Hijo unigénito, antes de entregarse a la muerte, confío a la Iglesia el nuevo y eterno sacrificio, banquete pascual de su amor, concédenos que, de tan sublime misterio, brote para nosotros la plenitud del amor y de la vida. Por nuestro Señor Jesucristo tu Hijo, que vive y reina en la unidad del Espíritu Santo, y es Dios por los siglos de los siglos.

LITURGIA DE LA PALABRA

Lecturas del día, opcionales:

1 lectura Éxodo 12,1-8.11-14

2 lectura 1 Corintios 11,23-36

Evangelio Juan 13,1-15

Oremos con el Salmo 115

R. GRACIAS SEÑOR, POR TU SANGRE QUE NOS LAVA

Cómo pagarle al Señor
todo el bien que me ha hecho?
levantaré, el cáliz de la salvación
e invocaré el nombre del Señor. **R**

A los ojos del Señor es muy penoso
que mueran sus amigos.
de la muerte Señor, me has librado,
a mí, tu esclavo e hijo de tu esclava. **R**

Te ofrece con gratitud un sacrificio
e invocaré tu nombre.
Cumpliré mis promesas al Señor
ante todo su pueblo. **R**

Lector: Escuchemos este breve pasaje del Evangelio en el que Jesucristo nos manda amarnos como Él nos ama y con signo de ello, lava los pies a sus discípulos invitándonos a demostrar el amor a los hermanos por medio del servicio.

Escuchen, hermanos, el santo evangelio según san Juan 15, 10-16

Éste es mi mandamiento: que se amen los unos a los otros como yo los he amado. Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos. Ustedes son mis amigos si hacen o que les mando. Ya no los llamo siervos, pues el siervo no sabe qué hace su señor; yo los he llamado amigos porque les he dado a conocer todas las cosas que he oído a mi padre. No

me eligieron ustedes a mí, sino yo a ustedes; y los designé para que vallan y den fruto y su fruto permanezca, a fin de que todo lo que pidan al padre en mi nombre se les conceda. Esto les mando: ámense unos a otros.

Palabra del Señor.

Todos: Gloria a ti Señor, Jesús.

Reflexión

Con el jueves santo y una entrega total de amor alrededor de sus amigos, comenzamos el Triduo Pascual.

Jesús celebra la Eucaristía donde con un mismo pan y un mismo cáliz nos deja un memorial de amor. Un amor que encierra toda una vida de servicio.

En el gesto del lavatorio de los pies hay un profundo significado de humildad: El que quiera ser el primero, que sea el servidor de todos, dice Jesús. En ese gesto, pongamos toda nuestra vida. Reconozcamos nuestras miserias y pecados y pidamos a Jesús que sepamos abrirnos a horizontes de amor, donde muchas veces tenemos que arrodillarnos para poder limpiar los pies de otros. Con dos palabras: Humildad y disponibilidad al prójimo.

Jesús sirve y se hace el primero porque se hace alimento para todos. Él no busca el primer puesto, ni reverencias. Él reina sirviendo. Él, busca el primer puesto para los últimos, dobla la rondilla para servir y limpiar nuestra sociedad... Sus manos serán clavadas en un madero por dar, y entregar todo su ser por AMOR.

Celebremos con gozo este día. Día del amor de Jesús, del amor a la Eucaristía, que, aunque no podremos participar en plenitud, le reviremos espiritualmente, y del amor fraterno. El amor, piedra angular de la institución de la Eucaristía y del sacerdocio.

Que podamos celebrar este día sintiéndonos amados por el verdadero amor que se pone a servir con gratuidad y sin límites.

El amor, con amor se apaga. Y si de verdad amamos que sea de corazón y cojamos como maestro a Jesús.

Se dejan unos momentos en silencio y después se continúa:

Preces

Luego el guía continúa, con las preces.

Presentamos nuestras peticiones al Señor, abriendo nuestro corazón al mundo.

R. Danos de tu amor, Señor

1. Oremos por la iglesia para que siempre ofrezca a sus hijos el pan de la vida y la copa de la salvación. **R.**
2. Oremos por todos los gobernantes de las naciones para que nunca falte el pan y el alimento a los hombres, los hijos de Dios. **R.**
3. Oremos por la paz en nuestro mundo atemorizado por la pandemia. Que la sangre de Cristo derramada para vencer el mal sea signo de esperanza y redención para todos. **R.**
4. Oremos por todos nosotros, los aquí reunidos, para que, a ejemplo de Cristo, seamos servidores del único ministerio, el del servicio y la generosidad. **R.**

Después el guía, inicia la oración del Padre nuestro con estas palabras.

Guía: El amor de Dios ha sido infundido en nuestros corazones con el Espíritu Santo que se nos ha dado; por eso llenos de fe y esperanza juntos digamos:

Y todos juntos prosiguen:

Padre nuestro...

Luego el guía invita a los presentes a desear la paz entre ellos. Evitando el saludo de manos, pueden realizar un signo externo para manifestar este deseo.

Guía: En Cristo, que nos ha hecho hermanos con su cruz, deseemos la paz a nuestros hermanos.

Comunión espiritual

Una vez expresado el deseo de la paz, tiene lugar la Comunión espiritual. Entonces el guía dice:

Guía: Recordemos que la *“la más perfecta participación en la celebración eucarística es la Comunión sacramental recibida dentro de la misa”* y que, la Comunión espiritual que *“es una práctica de devoción eucarística y que consiste en el deseo ardiente de decirle a Jesucristo cuánto queremos recibirle en nuestro interior”*, a diferencia de la comunión sacramental, ésta viene a ser un acto de deseo, que requiere nuestra disposición interna que debe contribuir eficazmente en nosotros para aumentar la sed de Dios y disponernos para que pronto lo recibamos sacramentalmente.

Por ello, con este firme deseo digamos juntos:

Creo, Jesús mío,
que estás verdaderamente
en el Santísimo Sacramento del altar;
te amo sobre todas las cosas
y deseo recibirte en mi interior.
Pero ya que ahora
no puedo hacerlo sacramentalmente,
ven al menos espiritualmente a mi corazón.
Y como si ya hubiera comulgado,
te abrazo y me uno todo a Ti.
Señor, no permitas que me separe de ti.

Estos mismos sentimientos se pueden expresar con un lenguaje coloquial:

Jesús, ya te extraño;
aunque deseo comulgar en este momento,
tengo que esperar
hasta que pueda participar en la Eucaristía,
por eso te pido que vengas ahora
espiritualmente a mi corazón”.

Después de un momento de silencio sagrado, se concluye con la siguiente oración.

El ministro dice:

Concédenos, Dios todopoderoso, que, así como somos alimentados en esta vida con la Cena pascual de tu Hijo, así también merezcamos ser saciados en el banquete eterno. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Despedida

Santiguándose el ministro dice:

El Señor nos bendiga, nos guarde de todo mal y nos lleve a la vida eterna.



VIERNES SANTO

“DE LA PASIÓN DEL SEÑOR”

PRIMER DÍA DEL TRIDUO PASCUAL

- CATEQUESIS -

El Viernes Santo es el primer día del Triduo Pascual, día en que se celebra la *pascha passionis*, como “paso” del Hijo de Dios de este mundo al Padre, su sufrimiento solidario con los pecadores para destruir el pecado del mundo: su muerte destruye la muerte, toda muerte. El Viernes Santo constituye el primer acto de este paso.

El Viernes Santo conmemora la pasión y muerte del Señor, de donde surge la denominación actual: Viernes Santo de la Pasión del Señor. La teología del Viernes Santo es particularmente rica: durante este día, la Iglesia conmemora la pasión de su Señor y Esposo, adora su Cruz, recuerda su nacimiento del costado de Cristo y, por la plegaria universal, intercede por la salvación del universo.

El Viernes Santo es, por tanto, para el cristiano, un día de esperanza y confianza en Dios, aún en medio del dolor. Los sufrimientos de Cristo atraen la benevolencia del Padre. La cruz, símbolo del patíbulo y de la ignominia, es adorada: el instrumento de humillación se convierte en término de la gloria el viernes santo. El cristiano se encuentra, de modo especial, con la cruz, y recuerda así que, para ser fiel discípulo del maestro, debe tomar su cruz de cada día, pues sólo la cruz es la respuesta a las ansias de salvación y liberación de una humanidad que gime bajo el peso de los pecados. Por otra parte, en consonancia con la primitiva tradición de la Iglesia, el viernes y, según la oportunidad, también el sábado santo, hasta la Vigilia Pascual, se vive el sagrado ayuno de la Pascua.

- *Este día no hay celebración Eucarística.*
- *El altar debe de estar desnudo.*

CELEBRACIÓN DEL VIERNES SANTO

Amar nuestra cruz de cada día.

Se coloca en un altar una cruz o en su defecto un crucifijo.

Hoy no hay signación ni saludo, en silencio se pasa directamente a la siguiente monición.

Monición: Esta celebración que vivimos en familia comprende tres momentos: La Liturgia de la Palabra, la adoración de la Cruz y la Comunión espiritual. La iniciamos poniéndonos de rodilla y agradeciendo a Jesús por amarnos de manera incondicional. Hoy Cristo muere en la cruz por amor a nosotros, dejemos un momento en silencio para darle gracias a Dios por su gran amor y al mismo tiempo pedir perdón de nuestros pecados que lo llevaron a muerte tan dolorosa.

Por un momento, nos ponemos de rodillas

Se ponen todos de pie

El guía continúa con la siguiente oración

Acuérdate, Señor, de tu gran misericordia, y santifica a tus siervos con tu constante protección, ya que, por ellos, Cristo, tu Hijo, derramando su sangre, instituyó el misterio pascual. Él que vive y reina por los siglos de los siglos.

R. Amén.

LITURGIA DE LA PALABRA

Lecturas del día, opcionales.

1 lectura Isaías 52,13-53.12

2 lectura Hebreos 4,14-16; 5,7-9

Pasión de nuestro Señor Jesucristo según san Juan 18,1-19,42

Oramos con el Salmo 30

R/. Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.

A ti, Señor, me acojo,
que no quede yo nunca defraudado.
En tus manos encomiendo mi espíritu
y tú, mi Dios leal, me librarás. **R.**

Se burlan de mí mis enemigos,
mis vecinos y parientes de mí se espantan,
los que me ven pasar huyen de mí.

Estoy en el olvido, como un muerto,
como un objeto tirado en la basura. **R.**

Pero yo, Señor, en ti confío.
Tú eres mi Dios,
y en tus manos está mi destino.
Líbrame de los enemigos que me persiguen. **R.**

Vuelve, Señor, tus ojos a tu siervo
y sálvame, por tu misericordia.
Sean fuertes y valientes de corazón, ustedes,
los que esperan en el Señor. **R.**

Para la proclamación de Pasión puede ser leída por dos personas, tratando de hacer cambio de lector en donde aparece el título de la parte.

Escuchen hermanos, la proclamación de la Pasión de nuestro Señor Jesucristo según san Juan 18, 1-19, 42

Apresaron a Jesús y lo ataron

En aquel tiempo: Jesús fue con sus discípulos al otro lado del torrente Cedrón, donde había un huerto, y entraron allí él y sus discípulos. Judas, el traidor, conocía también el sitio, porque Jesús se reunía a menudo allí con sus discípulos.

Entonces Judas tomó un batallón de soldados y guardias de los sumos sacerdotes y de los fariseos y entró en el huerto con linternas, antorchas y armas. Jesús, sabiendo todo lo que iba a suceder, se adelantó y les dijo: “¿A quién buscan?”. Le contestaron: “A Jesús, el nazareno”. Les dijo Jesús: “Yo soy”. Estaba también con ellos Judas, el traidor. Al decirles ‘Yo soy’, retrocedieron y cayeron a tierra. Jesús les volvió a preguntar: “¿A quién buscan?”. Ellos dijeron: “A Jesús, el nazareno”. Jesús contestó: “Les he dicho que soy yo. Si me buscan a mí, dejen que éstos se vayan”. Así se cumplió lo que Jesús había dicho: ‘No he perdido a ninguno de los que me diste’.

Entonces Simón Pedro, que llevaba una espada, la sacó e hirió a un criado del sumo sacerdote y le cortó la oreja derecha. Este criado se llamaba Malco. Dijo entonces Jesús a Pedro: “Mete la espada en la vaina. ¿No voy a beber el cáliz que me ha dado mi Padre?”.

Se pueden sentar y continúa la lectura

Llevaron a Jesús primero ante Anás

El batallón, su comandante y los criados de los judíos apresaron a Jesús, lo ataron y lo llevaron primero ante Anás, porque era suegro de Caifás, sumo sacerdote aquel año. Caifás era el que había dado a los judíos este consejo: ‘Conviene que muera un solo hombre por el pueblo’.

Simón Pedro y otro discípulo iban siguiendo a Jesús. Este discípulo era conocido del sumo sacerdote y entró con Jesús en el palacio del sumo sacerdote, mientras Pedro se quedaba fuera, junto a la puerta. Salió el otro discípulo, el conocido del sumo sacerdote, habló con la portera e

hizo entrar a Pedro. La portera dijo entonces a Pedro: “¿No eres tú también uno de los discípulos de ese hombre?”. Él dijo: “No lo soy”. Los criados y los guardias habían encendido un brasero, porque hacía frío, y se calentaban. También Pedro estaba con ellos de pie, calentándose.

El sumo sacerdote interrogó a Jesús acerca de sus discípulos y de su doctrina. Jesús le contestó: “Yo he hablado abiertamente al mundo y he enseñado continuamente en la sinagoga y en el templo, donde se reúnen todos los judíos, y no he dicho nada a escondidas. ¿Por qué me interrogas a mí? Interroga a los que me han oído, sobre lo que les he hablado. Ellos saben lo que he dicho”. Apenas dijo esto, uno de los guardias le dio una bofetada a Jesús, diciéndole: “¿Así contestas al sumo sacerdote?”. Jesús le respondió: “Si he faltado al hablar, demuestra en qué he faltado; pero si he hablado como se debe, ¿por qué me pegas?”. Entonces Anás lo envió atado a Caifás, el sumo sacerdote.

¿No eres tú también uno de sus discípulos? No lo soy

Simón Pedro estaba de pie, calentándose, y le dijeron: “¿No eres tú también uno de sus discípulos?”. Él lo negó diciendo: “No lo soy”. Uno de los criados del sumo sacerdote, pariente de aquel a quien Pedro le había cortado la oreja, le dijo: “¿Qué no te vi yo con él en el huerto?”. Pedro volvió a negarlo y enseguida cantó un gallo.

Mi reino no es de este mundo

Llevaron a Jesús de casa de Caifás al pretorio. Era muy de mañana y ellos no entraron en el palacio para no incurrir en impureza y poder así comer la cena de Pascua.

Salió entonces Pilato a donde estaban ellos y les dijo: “¿De qué acusan a este hombre?”. Le contestaron: “Si éste no fuera un malhechor, no te lo hubiéramos traído”. Pilato les dijo: “Pues llévenselo y júzguenlo según su ley”. Los judíos le respondieron: “No estamos autorizados para dar muerte a nadie”. Así se cumplió lo que había dicho Jesús, indicando de qué muerte iba a morir.

Entró otra vez Pilato en el pretorio, llamó a Jesús y le dijo: “¿Eres tú el rey de los judíos?”. Jesús le contestó: “¿Eso lo preguntas por tu cuenta o te lo han dicho otros?”. Pilato le respondió: “¿Acaso soy yo judío? Tu pueblo y los sumos sacerdotes te han entregado a mí. ¿Qué es lo que has hecho?”. Jesús le contestó: “Mi Reino no es de este mundo. Si mi Reino fuera de este mundo, mis servidores habrían luchado para que no cayera yo en manos de los judíos. Pero mi Reino no es de aquí”. Pilato le dijo: “¿Conque tú eres rey?”. Jesús le contestó: “Tú lo has dicho. Soy rey. Yo nací y vine al mundo para ser testigo de la verdad. Todo el que es de la verdad, escucha mi voz”. Pilato le dijo: “¿Y qué es la verdad?”.

Dicho esto, salió otra vez a donde estaban los judíos y les dijo: “No encuentro en él ninguna culpa. Entre ustedes es costumbre que por Pascua ponga en libertad a un preso. ¿Quieren que les suelte al rey de los judíos?”. Pero todos ellos gritaron: “¡No, a ése no! ¡A Barrabás!”. (El tal Barrabás era un bandido).

¡Salve!, rey de los judíos

Entonces Pilato tomó a Jesús y lo mandó azotar. Los soldados trenzaron una corona de espinas, se la pusieron en la cabeza, le echaron encima un manto color púrpura, y acercándose a él, le decían: “¡Viva el rey de los judíos!”, y le daban de bofetadas.

Pilato salió otra vez afuera y les dijo: “Aquí lo traigo para que sepan que no encuentro en él ninguna culpa”. Salió, pues, Jesús, llevando la corona de espinas y el manto color púrpura. Pilato les dijo: “Aquí está el hombre”. Cuando lo vieron los sumos sacerdotes y sus servidores, gritaron: “¡Crucifícalo, crucifícalo!”. Pilato les dijo: “Llévenselo ustedes y crucifíquenlo, porque yo no encuentro culpa en él”. Los judíos le contestaron: “Nosotros tenemos una ley y según esa ley tiene que morir, porque se ha declarado Hijo de Dios”.

Cuando Pilato oyó estas palabras, se asustó aún más, y entrando otra vez en el pretorio, dijo a Jesús: “¿De dónde eres tú?”. Pero Jesús no le respondió. Pilato le dijo entonces: “¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo autoridad para soltarte y autoridad para crucificarte?”. Jesús le contestó: “No tendrías ninguna autoridad sobre mí, si no te la hubieran dado de lo alto. Por eso, el que me ha entregado a ti tiene un pecado mayor”.

¡Fuera, fuera! Crucifícalo

Desde ese momento Pilato trataba de soltarlo, pero los judíos gritaban: “¡Si sueltas a ése, no eres amigo del César!; porque todo el que pretende ser rey, es enemigo del César”. Al oír estas palabras, Pilato sacó a Jesús y lo sentó en el tribunal, en el sitio que llaman “el Enlosado” (en hebreo Gábbata). Era el día de la preparación de la Pascua, hacia el mediodía. Y dijo Pilato a los judíos: “Aquí tienen a su rey”. Ellos gritaron: “¡Fuera, fuera! ¡Crucifícalo!”. Pilato les dijo: “¿A su rey voy a crucificar?”. Contestaron los sumos sacerdotes: “No tenemos más rey que el César”. Entonces se lo entregó para que lo crucificaran.

Crucificaron a Jesús y con él a otros dos

Tomaron a Jesús, y él, cargando con la cruz, se dirigió hacia el sitio llamado “la Calavera” (que en hebreo se dice Gólgota), donde lo crucificaron, y con él a otros dos, uno de cada lado, y en medio Jesús. Pilato mandó escribir un letrero y ponerlo encima de la cruz; en él estaba escrito: ‘Jesús el nazareno, el rey de los judíos’. Leyeron el letrero muchos judíos, porque estaba cerca el lugar donde crucificaron a Jesús y estaba escrito en hebreo, latín y griego. Entonces los sumos sacerdotes de los judíos le dijeron a Pilato: “No escribas: ‘El rey de los judíos’, sino: ‘Éste ha dicho: Soy rey de los judíos’”. Pilato les contestó: “Lo escrito, escrito está”.

Se repartieron mi ropa

Cuando crucificaron a Jesús, los soldados cogieron su ropa e hicieron cuatro partes, una para cada soldado, y apartaron la túnica. Era una túnica sin costura, tejida toda de una pieza de arriba abajo. Por eso se dijeron: “No la rasguemos, sino echemos suertes para ver a quién le toca”. Así se cumplió lo que dice la Escritura: *Se repartieron mi ropa y echaron a suerte mi túnica*. Y eso hicieron los soldados.

Ahí está tu hijo.-Ahí está tu madre

Junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre, María la de Cleofás, y María Magdalena. Al ver a su madre y junto a ella al discípulo que tanto quería, Jesús dijo a su madre: “Mujer, ahí está tu hijo”. Luego dijo al discípulo: “Ahí está tu madre”. Y desde aquella hora el discípulo se la llevó a vivir con él.

Todo está cumplido

Después de esto, sabiendo Jesús que todo había llegado a su término, para que se cumpliera la Escritura dijo: “*Tengo sed*”. Había allí un jarro lleno de vinagre. Los soldados sujetaron una esponja empapada en vinagre a una caña de hisopo y se la acercaron a la boca. Jesús probó el vinagre y dijo: “Todo está cumplido”, e inclinando la cabeza, entregó el espíritu.

Aquí se arrodillan todos y se hace una breve pausa.**Inmediatamente salió sangre y agua**

Entonces, los judíos, como era el día de la preparación de la Pascua, para que los cuerpos de los ajusticiados no se quedaran en la cruz el sábado, porque aquel sábado era un día muy solemne, pidieron a Pilato que les quebraran las piernas y los quitaran de la cruz. Fueron los soldados, le quebraron las piernas a uno y luego al otro de los que habían sido crucificados con él. Pero al llegar a Jesús, viendo que ya había muerto, no le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados le traspasó el costado con una lanza e inmediatamente salió sangre y agua.

El que vio da testimonio de esto y su testimonio es verdadero y él sabe que dice la verdad, para que también ustedes crean. Esto sucedió para que se cumpliera lo que dice la Escritura: *No le quebrarán ningún hueso*; y en otro lugar la Escritura dice: *Mirarán al que traspasaron*.

Vendaron el cuerpo de Jesús y lo perfumaron

Después de esto, José de Arimatea, que era discípulo de Jesús, pero oculto por miedo a los judíos, pidió a Pilato que lo dejara llevarse el cuerpo de Jesús. Y Pilato lo autorizó. Él fue entonces y se llevó el cuerpo. Llegó también Nicodemo, el que había ido a verlo de noche, y trajo unas cien libras de una mezcla de mirra y áloe. Tomaron el cuerpo de Jesús y lo envolvieron en lienzos con esos aromas, según se acostumbra enterrar entre los judíos. Había un huerto en el sitio donde lo crucificaron, y en el huerto, un sepulcro nuevo, donde nadie había sido enterrado todavía. Y como para los judíos era el día de la preparación de la Pascua y el sepulcro estaba cerca, allí pusieron a Jesús.

Palabra del Señor.

Todos: Gloria a ti, Señor Jesús.

Reflexión

Jesús lleva las riendas de los acontecimientos, conduce al diálogo, dicta órdenes a los guardias y a Pedro. De esta manera pone de manifiesto que Él controla la situación voluntariamente.

Para Jesucristo la Pasión y Muerte en cruz no son una derrota definitiva, ni tiene un fin en sí mismos; son un paso para la victoria absoluta sobre el pecado, son un camino para resucitar a la vida nueva, porque “si el grano de trigo cae en tierra y no muere no da fruto”.

Preces

Guía: Al celebrar hoy el sufrimiento de Cristo, le acompañamos en el acto definitivo de su vida, en el límite de su existencia humana, en el umbral del misterio. Estamos viviendo un momento de desamparo, de abandono y de dolor. Con nuestra oración expresamos el desgarramiento que produce en nosotros el dolor del mundo entero.

R. Ten misericordia de nosotros y del mundo entero.

1. Oremos, hermanos, por la Iglesia extendida por toda la tierra, por los que la representan y por quienes la rechazan. **R.**
2. Oremos, hermanos, por todos los miembros de la Iglesia, desde el Papa hasta los catecúmenos que se preparan para el bautismo. **R.**
3. Oremos, hermanos, por la unidad de los cristianos, para que el mundo vea que somos uno, como el Padre y Cristo son uno. **R.**
4. Oremos por nuestros hermanos islámicos y judíos, creyentes, como nosotros, en un solo Dios. **R.**
5. Oremos por los que no creen en Dios, por quienes no aceptan a Cristo, por todos los agnósticos e indiferentes. **R.**
6. Oremos por los gobernantes de todos los pueblos y naciones, para que Dios les guíe en sus justas decisiones hacia la prosperidad, la libertad y la paz. **R.**
7. Oremos por los enfermos, los pobres, los marginados y los que sufren. **R.**

Adoración de la cruz

Monición: Cristo murió sobre la cruz para vencer la muerte. Por eso la cruz es señal de victoria, victoria del amor sobre el pecado del hombre. Vamos a responder a este gesto de amor con una respuesta de amor. Realizaremos el gesto de la adoración de la cruz, del madero en el cual estuvo colgado nuestro redentor, Cristo, el salvador del mundo.

Cada uno pasa al centro donde está colocado el Crucifijo, hace la genuflexión o una reverencia, y lo adora.

Guía: Cruz amable y redentora, árbol noble, espléndido. Ningún árbol fue tan rico, ni en sus frutos ni en su flor.

Todos: *Nosotros hemos de gloriarnos en la Cruz de Cristo el Señor, pues Él es nuestra salvación, nuestra vida y resurrección.*

Guía: Cruz amable y redentora, árbol noble, espléndido. Ningún árbol fue tan rico, ni en sus frutos ni en su flor.

Todos: *Nosotros hemos de gloriarnos en la Cruz de Cristo el Señor, pues Él es nuestra salvación, nuestra vida y resurrección.*

Momento de silencio.

Se reza el Padre Nuestro

Ministro: Unidos en el amor tan grande que nuestro Padre Dios nos ofrece al darnos a su Hijo Jesucristo, oremos juntos con la oración que Cristo nos enseñó: Padre Nuestro.

Comunión espiritual

Ahora tiene lugar la Comunión espiritual. Entonces el guía dice:

Guía: Recordemos que la “*la más perfecta participación en la celebración en este día es la es la Comunión sacramental recibida dentro de los oficios propios*” y que, la Comunión espiritual que “*es una práctica de devoción eucarística y que consiste en el deseo ardiente de decirle a Jesucristo cuánto queremos recibirle en nuestro interior*”, a diferencia de la comunión sacramental, ésta viene a ser un acto de deseo, que requiere nuestra disposición interna que debe contribuir eficazmente en nosotros para aumentar la sed de Dios y disponernos para que pronto lo recibamos sacramentalmente.

Por ello, con este firme deseo digamos juntos:

Creo, Jesús mío,
 que estás verdaderamente
 en el Santísimo Sacramento del altar;
 te amo sobre todas las cosas
 y deseo recibirte en mi interior.
 Pero ya que ahora
 no puedo hacerlo sacramentalmente,
 ven al menos espiritualmente a mi corazón.
 Y como si ya hubiera comulgado,
 te abrazo y me uno todo a Ti.
 Señor, no permitas que me separe de ti.

Estos mismos sentimientos se pueden expresar con un lenguaje coloquial:

Jesús, ya te extraño;
 aunque deseo comulgar en este momento,
 tengo que esperar
 hasta que pueda participar en la Eucaristía,
 por eso te pido que vengas ahora
 espiritualmente a mi corazón”.

Después de un momento de silencio sagrado, se concluye con la siguiente oración.

Se guarda un momento en silencio.
 Oración

El guía dice:

Dios todopoderoso y eterno, que nos has redimido con la gloriosa muerte y resurrección de Jesucristo, por medio de nuestra participación en este sacramento prosigue en nosotros la obra de tu misericordia y ayúdanos a vivir entregados siempre a tu servicio. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

Inmediatamente la celebración termina en silencio, es conveniente que todos queden así por un momento, meditando lo que se ha celebrado.



SÁBADO SANTO

SEGUNDO DÍA DEL TRIDUO PASCUAL - CATEQUESIS -

El Sábado Santo, denominado gran sábado por los cristianos de Oriente, honra el descanso de Cristo en el sepulcro, su descenso a los infiernos y su encuentro con cuantos esperaban la apertura de los cielos. Este día los cristianos se recogen en silencio y, mediante la oración y el ayuno, esperan la resurrección del Señor. Por esta razón, la Iglesia no conoce reunión litúrgica alguna fuera de la celebración cotidiana de las Horas.

El Sábado Santo debe ser un día de intensa oración, acompañando a Jesús en el silencio del santo sepulcro. En apariencia, la historia de Cristo ha terminado; la causa de Dios se ha perdido, pero Jesús desciende a los infiernos para librar a los justos de la antigua Ley, en premio a su vida de fe en las promesas mesiánicas. El cristiano, unido a los dolores de María sabe que el silencio de Dios en la historia es sólo aparente y se llena de esperanza para la vida futura.

Tiene una gran importancia en este día la participación en el Sacramento de la reconciliación, indispensable camino para purificar el corazón y predisponerse para celebrar la pascua íntimamente renovados.

No se puede decir hoy día que se respete el significado litúrgico del Sábado Santo, pues se ha hecho del mismo día un día de grandes preparativos externos de la celebración pascual, o lo que es peor, día de diversión (sábado de gloria, como erróneamente se le llama). Es necesario no romper el silencio del Sábado Santo; es pausa de tiempo que hay que llenar con la meditación y la oración.

DOMINGO DE PASCUA “DE LA RESURRECCIÓN DEL SEÑOR”.

EN LA NOCHE SANTA VIGILIA PASCUAL - CATEQUESIS -

La Vigilia Pascual, la noche santa de la resurrección del Señor, es considerada como la madre de todas las vigiliass (san Agustín). En ella, la Iglesia espera en atenta vela la resurrección de Cristo, y la celebra en los sacramentos de iniciación: bautismo, confirmación y eucaristía. Con la Vigilia Pascual, el Triduo Sacro y todo el Año Litúrgico alcanzan su centro, el puente donde confluyen las celebraciones anuales de los misterios de la vida de Cristo.

La Vigilia Pascual es el quicio de todo el misterio de Cristo. La noche santa culmina el Triduo Sacro. Dando inicio, en su prolongación en el domingo de resurrección, al tiempo pascual. La Vigilia comienza cuando Cristo aún descansa en el sepulcro y termina en la madrugada del día consagrado a la gloria de su resurrección. Por ello, su celebración debe acontecer una vez entrada la noche y antes del alba del domingo.

Hoy día, la Vigilia Pascual posee una estructura litúrgica articulada a partir de cuatro ritos de un hondo carácter simbólico: lucernario o liturgia de la luz, liturgia de la Palabra, liturgia bautismal y liturgia eucarística.

La celebración central es la gran Vigilia Pascual en la noche santa de las primeras vísperas del Domingo. Es una *fiesta de alegría y luz*, ligada a una celebración más solemne de la Palabra y a una vivencia comunitaria del bautismo. La preparación remota a esta celebración es la Cuaresma y la preparación inmediata, es el Viernes Santo, y el silencio eucarístico del Sábado Santo.

Es la noche en que los hijos de Israel comían el cordero libertador; en la que pasaron sin mojarse el Mar Rojo; es la noche en que Cristo rompió los lazos de la muerte; y la noche en que la Iglesia, desde sus orígenes, aguarda el retorno de su Señor.

Dice San Agustín: *que esta celebración es la madre de todas las vigiliass.*

CELEBRACIÓN DE LA VIGILIA PASCUAL

Resucitemos con Cristo a una vida nueva.

Ritos iniciales

Para esta celebración es necesario prever:

Pequeño altar con un crucifijo y adorno floral.

El cirio (puede ser del año anterior) o velas (de ser posible cada integrante puede tener una).

Agua bendita, si se tiene a la mano, o bien agua natural.

En la hora más oportuna, por la tarde-noche, reunida la familia en el lugar más acorde que hayan dispuesto para la celebración y en un ambiente de silencio y recogimiento interior y exterior, tiene lugar la siguiente celebración que podrá ser guiada por quien haga cabeza en la familia.

En el espacio se crea un círculo donde esté ubicado al centro el cirio pascual, sin encender, si es posible se apagan las luces. Los miembros de la familia permanecen de pie al inicio.

Luego hacer memoria de la oscuridad y las tinieblas de la manera siguiente:

Lector: (*Muy lentamente*) Oscuridad. Tinieblas. Noche. Ausencia de luz. No se sabe por dónde caminar. Incerteza. Sospechas. Sustos. Temor. Impotencia. Angustia. Vacío, denso de tinieblas. Todo es igual: sin color, sin contornos. Hay frío. Es el caos. Navegamos en la oscuridad. Oscuridad que bloquea.

En esta noche queremos experimentar las tinieblas del mundo y las de cada uno, pues nosotros hemos fabricado las tinieblas: hemos originado oscuridad, confusión, incerteza, sospechas, sustos, temores, impotencia, angustia, vacío, caos, en torno nuestro.

Luego se hace memoria del fuego y de lo que significa

Guía: Ahora vamos a encender el fuego, para tener luz. La chispa sale del golpe de la piedra. Lo hemos olvidado, porque hemos tecnificado su producción. Dominar el fuego es un arte. Teniendo fuego, tenemos luz, calor, claridad, seguridad, entusiasmo, testimonio y esperanza. Las líneas se definen, los colores aparecen, se revela la realidad. Se avive en nosotros la esperanza en Cristo que disipa nuestras tinieblas.

Se enciende el cirio y las velas (si las tienen).

El guía, o un lector, con voz clara y en un clima festivo, proclama el pregón pascual.

Pregón pascual

«Hermanas y hermanos, familia:
¡Que en esta noche santa brinquen de júbilo los ángeles,
hagan coro los arcángeles del cielo
y no cesen los músicos de tocar timbales,
trompetas y platillos por la victoria de nuestro Rey y Señor!»

«¡Que vuelen las palomas mensajeras de paz,
y salten a la pata coja los niños en el patio de la escuela!
¡Que los coros y orfeones del universo
canten un "aleluya" a nuestro Dios y Señor,
y los jóvenes lancen al unísono
un atronador "hurra" de triunfo!»

«Alégrese también la Iglesia,
revestida de luz y de justicia.
Resuenen en los templos y capillas
las aclamaciones del pueblo cristiano en asamblea».

«Ha ocurrido el acontecimiento
más grande de los siglos:
la muerte ha sido vencida por la vida.
Combatieron muerte y vida cuerpo a cuerpo,
y, cuando parecía haber sido derrotada por la muerte,
la vida renació vigorosa en una primavera florida.
La muerte es ya un espantapájaros inofensivo».

«Ésta es la noche en que,
rotas las cadenas de la opresión,
Cristo asciende victorioso del abismo,
hasta llegar al Padre como Rey de la gloria».

«¡Qué noche tan dichosa la noche de aquel día!
Sólo la noche oscura conoció el momento
en que Cristo resucitó de entre los muertos!
Es noche iluminada por el gozo,
es noche clara como el día».

«Esta noche santa disipa pesadumbres,
alienta la confianza, da entrada a la concordia,
suscita la alegría y ensancha la esperanza».

«Llenos de gozo en presencia del Señor Resucitado,
tenemos el encargo de transmitir la Buena Nueva,
la noticia más grande de los tiempos:
Jesús, el Cristo, ¡vive! ¡El Señor ha resucitado!»

(Casiano Floristán)

Todos: Amén.

Se pueden sentar.

LITURGIA DE LA PALABRA

Del libro del Génesis

1, 1. 26-31a

En el principio creó Dios el cielo y la tierra. Y dijo Dios: “Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza; que domine a los peces del mar, a las aves del cielo, a los animales domésticos y a todo animal que se arrastra sobre la tierra”. Y creó Dios al hombre a su imagen; a imagen suya lo creó; hombre y mujer los creó.

Y los bendijo Dios y les dijo: “Sean fecundos y multiplíquense, llenen la tierra y sométanla; dominen a los peces del mar, a las aves del cielo y a todo ser viviente que se mueve sobre la tierra”.

Y dijo Dios: “He aquí que les entrego todas las plantas de semilla que hay sobre la faz de la tierra, y todos los árboles que producen fruto y semilla, para que les sirvan de alimento. Y a todas las fieras de la tierra, a todas las aves del cielo, a todos los reptiles de la tierra, a todos los seres que respiran, también les doy por alimento las verdes plantas”. Y así fue. Vio Dios todo lo que había hecho y lo encontró muy bueno.

Palabra de Dios.

Todos: Te alabamos Señor.

Responsorio:

Guía: Feliz la nación cuyo Dios, es el Señor. Dicho el pueblo que escogió por suyo.

Todos: Pues Él es nuestra ayuda y nuestro amparo.

Del libro del Éxodo

14, 15-15, 1

En aquellos días, dijo el Señor a Moisés: “¿Por qué sigues clamando a mí? Diles a los israelitas que se pongan en marcha. Y tú, alza tu bastón, extiende tu mano sobre el mar y divídelo, para que los israelitas entren en el mar sin mojarse. Yo voy a endurecer el corazón de los egipcios para que los persigan, y me cubriré de gloria a expensas del faraón y de todo su ejército, de sus carros y jinetes. Cuando me haya cubierto de gloria a expensas del faraón, de sus carros y jinetes, los egipcios sabrán que yo soy el Señor”.

El ángel del Señor, que iba al frente de las huestes de Israel, se colocó tras ellas. Y la columna de nubes que iba adelante, también se desplazó y se puso a sus espaldas, entre el campamento de los israelitas y el campamento de los egipcios. La nube era tinieblas para unos y claridad para otros, y así los ejércitos no trabaron contacto durante toda la noche.

Moisés extendió la mano sobre el mar, y el Señor hizo soplar durante toda la noche un fuerte viento del este, que secó el mar, y dividió las aguas. Los israelitas entraron en el mar y no se mojaban, mientras las aguas formaban una muralla a su derecha y a su izquierda. Los egipcios se lanzaron en su persecución y toda la caballería del faraón, sus carros y jinetes, entraron tras ellos en el mar.

Hacia el amanecer, el Señor miró desde la columna de fuego y humo al ejército de los egipcios y sembró entre ellos el pánico. Trabó las ruedas de sus carros, de suerte que no avanzaban sino pesadamente. Dijeron entonces los egipcios: “Huyamos de Israel, porque el Señor lucha en su favor contra Egipto”.

Entonces el Señor le dijo a Moisés: “Extiende tu mano sobre el mar, para que vuelvan las aguas sobre los egipcios, sus carros y sus jinetes”. Y extendió Moisés su mano sobre el mar, y al amanecer, las aguas volvieron a su sitio, de suerte que, al huir, los egipcios se encontraron con ellas, y el Señor los derribó en medio del mar. Volvieron las aguas y cubrieron los carros, a los jinetes y a todo el ejército del faraón, que se había metido en el mar para perseguir a Israel. Ni uno solo se salvó.

Pero los hijos de Israel caminaban por lo seco en medio del mar. Las aguas les hacían muralla a derecha e izquierda. Aquel día salvó el Señor a Israel de las manos de Egipto. Israel vio a los egipcios, muertos en la orilla del mar. Israel vio la mano fuerte del Señor sobre los egipcios, y el pueblo temió al Señor y creyó en el Señor y en Moisés, su siervo. Entonces Moisés y los hijos de Israel cantaron este cántico al Señor:

No se dice Palabra de Dios.

Del libro del Éxodo

14, 15-15, 1

R. Alabemos al Señor por su victoria.

Cantemos al Señor,
sublime es su victoria:
caballos y jinetes arrojó en el mar.
Mi fortaleza y mi canto es el Señor,
Él es mi salvación; Él es mi Dios, y yo lo alabaré,
es el Dios de mis padres, y yo le cantaré. **R.**

El Señor es un guerrero,
su nombre es el Señor.
Precipitó en el mar
los carros del faraón y a sus guerreros;
ahogó en el mar Rojo
a sus mejores capitanes. **R.**

Las olas los cubrieron,
cayeron hasta el fondo,
como piedras.
Señor, tu diestra brilla por su fuerza;
tu diestra, Señor,
tritura al enemigo. **R.**

Tú llevas a tu pueblo
para plantarlo en el monte
que le diste en herencia,
en el lugar que convertiste en tu morada,
en el santuario que construyeron tus manos.
Tú, Señor, reinarás para siempre. **R.**

Monitor: Habiendo hecho memoria de la Historia de la Salvación y reconociendo las proezas del Señor, ahora con grande gozo aclamamos al Dios que vive para siempre y camina con nosotros. Por eso, de pie, cantemos:

ACLAMACIÓN AL EVANGELIO

Del Salmo 117

R. ALELUYA, ALELUYA.

Te damos gracias, Señor, porque eres bueno,
porque tu misericordia es eterna.
Diga la casa de Israel:
“Su misericordia es eterna”. **R.**

La diestra del Señor es poderosa,
la diestra del Señor es nuestro orgullo.
No moriré, continuaré viviendo,
para contar lo que el Señor ha hecho. **R.**

La piedra que desecharon los constructores,
es ahora la piedra angular.
Esto es obra de la mano del Señor,
es un milagro patente. **R.**

Para la proclamación del Evangelio, se encienden las luces de la casa y hasta el final del Evangelio se apagan las velas.

Escuchen hermanos el santo Evangelio según san Mateo
28, 1-10

Transcurrido el sábado, al amanecer del primer día de la semana, María Magdalena y la otra María fueron a ver el sepulcro. De pronto se produjo un gran temblor, porque el ángel del Señor bajó del cielo y acercándose al sepulcro, hizo rodar la piedra que lo tapaba y se sentó encima de ella. Su rostro brillaba como el relámpago y sus vestiduras eran blancas como la nieve. Los guardias, atemorizados ante él, se pusieron a temblar y se quedaron como muertos. El ángel se dirigió a las mujeres y les dijo: “No teman. Ya sé que buscan a Jesús, el crucificado. No está aquí; ha resucitado, como lo había dicho. Vengan a ver el lugar donde lo habían puesto. Y ahora, vayan de prisa a decir a sus discípulos: ‘Ha resucitado de entre los muertos e irá delante de ustedes a Galilea; allá lo verán’. Eso es todo”.

Ellas se alejaron a toda prisa del sepulcro, y llenas de temor y de gran alegría, corrieron a dar la noticia a los discípulos. Pero de repente Jesús les salió al encuentro y las saludó. Ellas se le acercaron, le abrazaron los pies y lo adoraron. Entonces les dijo Jesús: “No tengan miedo. Vayan a decir a mis hermanos que se dirijan a Galilea. Allá me verán”.

Palabra del Señor.

Todos: Gloria a ti Señor, Jesús.

Sentados.

Momento de silencio para meditar la Palabra.

Reflexión

Como María Magdalena, “al amanecer”, es decir, cuando todavía estaba oscuro, hemos venido a visitar el sepulcro del Señor. Si en pocas semanas un virus sembró el mundo de sepulcros, todavía con los ojos nublados por las lágrimas, la incertidumbre, la duda, la preocupación, el miedo, hemos venido a buscar el cuerpo del Señor que nos ha salido al encuentro como el Señor Resucitado.

Durante este Triduo Pascual, que hemos vivido de un modo extraño, pero intenso; hemos podido experimentar el dolor y el escándalo de la cruz abriéndonos a la solidaridad con todos los que sufren. Esta noche ensanchamos el corazón lleno de gozo y damos gracias al Padre que nos ha salvado del sin sentido y de la muerte.

La resurrección de Cristo nos ha traído el gran don de la fe, y la fe, nos hace vivir con la esperanza que en la resurrección de Cristo esta nuestra propia resurrección. Dejemos que nuestro corazón cante de alegría, y que nuestra aclamación de ¡aleluya! nos haga escuchar a Jesús resucitado que nos dice: “No tengan miedo. Vayan a decir a mis hermanos que se dirijan a Galilea. Allí me verán”.

Momento de silencio reflexivo.

Liturgia Bautismal

Monitor: Este momento tiene 3 aspectos, la renuncia al pecado y al mal, el compromiso de vida cristiana y el propósito para ser testigo del resucitado. Todos nos ponemos en pie.

Renuncias

Guía: En esta noche santa queremos renovar nuestra condición de cristianos creyentes y comprometidos.

Guía: ¿Renunciamos al egoísmo, contrario al amor? ¿Renunciamos a la indiferencia y autosuficiencia que nos dominan?

Todos: Sí renunciamos.

Guía: ¿Renunciamos a todo lo que va contra la justicia y nos impide hacer efectivo el reino de Dios?

Todos: Sí renunciamos.

Compromisos

Guía: ¿Nos comprometemos a tratar de remediar, en lo que de nosotros dependa, los graves problemas de nuestra sociedad: egoísmo, delincuencia juvenil, drogadicción, etc., y a colaborar para ello en la parroquia, en nuestro barrio, ¿en nuestro municipio y en nuestra familia?

Todos: Sí, nos comprometemos.

Guía: ¿Nos comprometemos a ser menos violentos de palabra y de juicio, a defender la paz en solidaridad con las asociaciones y movimientos que tratan de extenderla palmo a palmo?

Todos: Sí, nos comprometemos.

Promesas

Guía: Por todo lo anterior, los invito a que respondan con toda libertad y decisión al enunciado de estos compromisos y promesas:

Guía: ¿Prometen estar abiertos a las llamadas urgentes de la sociedad, buscando una vida más pacífica en medio de la violencia y más dialogante en el ejercicio de una vida más fraterna en compañía con los hermanos?

Todos: Sí, lo prometemos.

Guía: ¿Prometen como cristianos ahondar la fe en comunidad, abrir caminos de esperanza en la resurrección y ejercer en la práctica cotidiana el mandamiento nuevo de la caridad, colaborando y ayudando a la Iglesia y nuestra parroquia?

Todos: Sí, lo prometemos.

Guía: ¿Prometen seguir la causa y la vida de Jesús de Nazaret, amar a nuestros enemigos y buscar el reino de Dios y su justicia por encima de cualquier otra cosa?

Todos: Sí, lo prometemos.

Guía: Si es así, que Dios nos lo premie; y si mentimos, que Dios nos lo demande.

Todos: Amén.

Monitor: Para hacer recuerdo de nuestro propio bautismo todos nos signamos en la frente con el agua bendita, o natural.

Guía: En la alegría de sabernos hijos amados de Dios, oremos confiadamente a nuestros Padre, como Cristo resucitado nos enseñó:

Padre nuestro...

Guía: La paz de Cristo resucitado este siempre con nosotros.

Comunión espiritual

Guía: Recordemos que “la más perfecta participación en la celebración eucarística es la Comunión sacramental recibida dentro de la misa”; y, que la comunión espiritual, que “es una práctica de devoción eucarística que consiste en el deseo ardiente de decirle a Jesucristo cuánto queremos recibirle en nuestro interior”, a diferencia de la Comunión sacramental, viene a ser un acto de deseo; que requiere nuestra disposición interna y debe contribuir eficazmente en nosotros en aumentar la sed de Dios y disponernos para que pronto lo recibamos sacramentalmente.

Por ello, con este firme deseo digamos juntos:

Todos:

Creo, Jesús mío,
que estás verdaderamente
en el Santísimo Sacramento del altar;
te amo sobre todas las cosas
y deseo recibirte en mi interior.
Pero ya que ahora
no puedo hacerlo sacramentalmente,
ven al menos espiritualmente a mi corazón.
Y como si ya hubiera comulgado,
te abrazo y me uno todo a Ti.
Señor, no permitas que me separe de ti.

Otra forma es:

Jesús, ya te extraño;
aunque deseo comulgar en este momento,
tengo que esperar
hasta que pueda participar en la Eucaristía,
por eso te pido que vengas ahora
espiritualmente a mi corazón”.

Momento de silencio sagrado.

Guía: Infúndenlos, Señor, el espíritu de caridad, para que, saciados con los sacramentos pascuales, vivamos siempre unidos en tu amor. Por Jesucristo nuestro Señor.

Todos: Amén

Rito de conclusión

Guía: El Señor nos bendiga, nos guarde de todo mal y nos lleve a la vida eterna.

Todos: Amén.

Se despide a la familia diciendo: ¡Hoy Jesús resucitó! Vivamos todos la alegría del Señor resucitado. Permanezcamos en su paz, aleluya, aleluya.

Todos: Demos gracias a Dios, aleluya, aleluya.

Puede concluirse con el siguiente canto:

Aleluya, aleluya, aleluya

Aleluya, aleluya, aleluya:

El Señor resucitó. (2)

El Señor resucitó,
Cantemos con alegría.
Demos gracias al Señor,
aleluya. (2)



CELEBRACIÓN DEL DOMINGO DE PASCUA

- SOLEMNIDAD -

- CATEQUESIS –

Concluida la celebración de la Vigilia de la Pascua, comienza la cincuentena pascual, que conmemora la glorificación de nuestro Señor Jesucristo, la donación del Espíritu Santo al mundo y el comienzo de la misión de la Iglesia; al tiempo que anticipa la plenitud de la gloria eterna en la consumación de los siglos. El tiempo pascual, constituido por los cincuenta días que transcurren entre el domingo de resurrección y el domingo de pentecostés, constituye un solo y único día festivo: el gran domingo.

El origen de la cincuentena pascual se confunde con la celebración anual de la pascua. La pascua surgió, en efecto, en analogía al culto de Israel, como una fiesta que se prolonga durante cincuenta días. A partir del siglo IV, esta primitiva unidad se fragmentó, cuando comenzaron a celebrarse de modo histórico los acontecimientos salvíficos que constituyen el misterio pascual.

La primera semana de la cincuentena forma la octava de pascua, que se celebra como una única solemnidad del Señor. Además de por sus hondas raíces simbólicas, esta semana -in albis, como se denomina en el rito romano- surgió en el siglo IV con el fin de asegurar a los neófitos una catequesis mistagógica acerca de los divinos misterios que habían experimentado en los sacramentos de iniciación. El domingo que cierra la semana, el octavo día, constituye el día más solemne del Año Litúrgico después del domingo de resurrección.

CELEBRACIÓN DEL DÍA

Cristo nuestra Pascua.

Ritos iniciales

En la hora más oportuna, reunida la familia en el lugar más acorde que hayan dispuesto para la celebración (hay que prever un pequeño altar: con un crucifijo, un par de velas encendidas, si se tiene un cirio, y si es posible un letrero que diga “Resucitó el Señor, Aleluya” signo que recuerde el tiempo de pascua) y en un ambiente de silencio y recogimiento interior y exterior, tiene lugar la siguiente celebración que podrá ser guiada por quien haga cabeza en la familia.

Puede entonarse un canto apropiado, o el siguiente:

**Alrededor de tu mesa,
venimos a recordar. (2)
que tu palabra es camino,
tu cuerpo fraternidad. (2)**

Hemos venido a tu Mesa
a recordar el misterio de tu amor.
Con nuestras manos manchadas,
arrepentidos buscamos tu perdón

Terminado el canto, el que guía dice:

En el Nombre del Padre del Hijo,
y del Espíritu Santo

Todos se santiguan y responden:
Amén.

Saludo

Luego el guía dice:

Bendigamos a Dios Padre,
que nos reúne en nombre de Cristo
para que unidos con toda la Iglesia
estemos en comunión los unos con los otros
por la fuerza de su Espíritu Santo.

Todos responden:

Bendito seas por siempre Señor.

Enseguida, hace la siguiente monición:

Al iniciar este tiempo glorioso de la resurrección de Cristo, nos reúne el Señor como familia, nos llama para experimentar la gran alegría de la Iglesia por su Señor resucitado, por eso ahora llenos de gozo y de fe entonamos el himno del ¡Aleluya!, el grito de júbilo por la resurrección de Cristo

Súplica de perdón

A continuación, el guía, invita a todos a pedir perdón, conscientes que quien necesite celebrar el sacramento de la Penitencia lo ha de buscar al paso de la contingencia sanitaria.

El guía invita al arrepentimiento:

En medio de esta emergencia sanitaria, en que realizamos este momento de oración familiar para vivir el gran domingo, en el que celebramos la victoria de Cristo sobre el pecado y sobre la muerte, reconociendo que estamos necesitados de la misericordia del Padre para morir al pecado y resucitar a la vida nueva.

Se hace una breve pausa de silencio.

Todos:

Yo confieso ante Dios todopoderoso
y ante ustedes, hermanos,
que he pecado mucho
de pensamiento, palabra, obra y omisión.

Y, golpeándose el pecho dice:

Por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa

Luego prosigue:

Por eso ruego a santa María, siempre Virgen,
a los ángeles, a los santos
y a ustedes hermanos
que interceden por mí ante Dios,
nuestro Señor.

El guía concluye con la siguiente plegaria:

Dios todopoderoso
tenga misericordia de nosotros,
perdone nuestros pecados
y nos lleve a la vida eterna.

Todos responden:

Amén.

Lector: Durante la cuaresma, este bello himno dejó de resonar, ahora al iniciar el tiempo de la pascua, proclamemos con alegría el himno del Gloria.

A continuación, se canta o se dice el himno del Gloria:

Gloria a Dios en el cielo,
y en la tierra paz a los hombres que ama el Señor.

Por tu inmensa gloria te alabamos,
te bendecimos, te adoramos,
te glorificamos, te damos gracias,
Señor Dios, Rey celestial,
Dios Padre todopoderoso Señor,
Hijo único, Jesucristo.

Señor Dios, Cordero de Dios, Hijo del Padre;
tú que quitas el pecado del mundo,
ten piedad de nosotros;
tú que quitas el pecado del mundo,
atiende nuestra súplica;
tú que estás sentado a la derecha del Padre,
ten piedad de nosotros;
porque sólo tú eres Santo,
sólo tú Señor, sólo tú Altísimo, Jesucristo,
con el Espíritu Santo en la gloria de Dios Padre.

Amén.

LITURGIA DE LA PALABRA

Lecturas del día, opcionales:

1 lectura Hechos de los Apóstoles 10, 34.37-43

2 lectura 1 Corintios 3,1-4

Oremos con el Salmo 115

R. ÉSTE ES EL DÍA DEL TRIUNFO DEL SEÑOR. ALELUYA

Te damos gracias, Señor, porque eres bueno,
porque tu misericordia es eterna.

Diga la casa de Israel:

“Su misericordia es eterna”. **R**

La diestra del Señor es poderosa,
la diestra del Señor es nuestro orgullo.
No moriré, continuaré viviendo
para contar lo que el Señor ha hecho. **R**

La piedra que desecharon los constructores
es ahora la piedra angular.
Esto es obra de la mano del Señor,
Es un milagro patente. **R**

Escuchen hermanos el evangelio de San Juan 20, 1-9

El primer día después del sábado, estando todavía oscuro, fue María Magdalena al sepulcro y vi removida la piedra que lo cerraba. Echó a correr, llegó a la casa donde estaban Simón Pedro y el otro discípulo, a quien Jesús amaba, y les dijo: “Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo habrán puesto”.

Salieron Pedro y el otro discípulo camino del sepulcro. Los dos iban corriendo juntos, pero el otro discípulo corrió más aprisa que Pedro y llegó primero al sepulcro, e inclinándose, miró los lienzos puestos en el suelo, pero no entró.

En eso llegó también Simón Pedro, que lo venía siguiendo, y entró en el sepulcro. Contempló los lienzos puestos en el suelo y el sudario, que había estado sobre la cabeza de Jesús, puesto no con los lienzos en el suelo, sino doblado en sitio aparte. Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado primero al sepulcro, y vio y creyó, porque hasta entonces no habían entendido las Escrituras, según las cuales Jesús debía resucitar de entre los muertos.

Palabra del Señor.

Todos: Gloria a ti Señor, Jesús.

Reflexión

Hoy no es un día cualquiera, celebramos la Pascua del Señor, el acontecimiento más importante para los cristianos. El misterio de la Resurrección nos pone de frente a la realidad de un Dios que, radicalmente apuesta por la vida, pues, como afirma San Irineo de Lyon, “la gloria de Dios consiste en que el hombre viva, y la vida del hombre consiste en la visión de Dios”.

Escúchanos en el Evangelio la realidad de las tinieblas que representan a la muerte y la luz de la Resurrección: “... cuando todavía estaba oscuro, María Magdalena fue al sepulcro”. La oscuridad de la madrugada representa la vivencia de los discípulos del drama del Viernes Santo, cuando la muerte de Jesús pareció matar la esperanza que habitaba en el corazón de ellos. Tal oscuridad en su propio

corazón les impedía ver. Sin embargo, al ser alcanzados por el hecho de la Resurrección pueden realmente ver y creer. Ese hecho misterioso de la piedra quitada permitiendo la entrada de luz en una tumba, el lugar oscuro por antonomasia y símbolo de la muerte, provoca en los discípulos un mirar renovado de la realidad: ahora sí comprenden las Escrituras, es decir, ahora pueden, de alguna manera, ver a Dios en su acción redentora y esa visión los transforma, les da una vida nueva. Como consecuencia de esta experiencia los discípulos salen a iluminar el mundo con la luz de la Buena Noticia, la muerte ha sido vencida.

Esa luz que brota de la Resurrección del Señor mantiene encendida la llama de la esperanza y nosotros la hemos recibido en el bautismo. Pidamos, pues, la gracia de hacer brillar esa luz de esperanza en medio de un mundo que no siempre parece apostar por la vida, para que cada vez sean más los que dejen atrás la oscuridad y que puedan cantar con alegría profunda “¡Resucitó de veras mi amor y mi esperanza!”.

Silencio reflexivo

Enseguida, juntos hacen la profesión de fe, que en el contexto del tiempo de Cuaresma puede ser con el llamado “de los apóstoles”.

Guía: El Señor nos da su luz para redescubrirlo. Iluminados por esa luz, y como signo de comunión con nuestros hermanos en la fe, digamos juntos:

Creo en Dios, Padre Todopoderoso,
Creador del cielo y de la tierra.

Creo en Jesucristo, su único Hijo, Nuestro Señor,
que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo,
nació de Santa María Virgen,
padeció bajo el poder de Poncio Pilato
fue crucificado, muerto y sepultado,
descendió a los infiernos,
al tercer día resucitó de entre los muertos,
subió a los cielos
y está sentado a la derecha de Dios, Padre todopoderoso.
Desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos.

Creo en el Espíritu Santo,
la santa Iglesia católica,
la comunión de los santos,
el perdón de los pecados,
la resurrección de la carne
y la vida eterna.
Amén.

Luego el guía continúa, con las preces.

Preces

Llenos de gozo por la santa resurrección del Señor, purificados nuestros sentimientos y renovado nuestro espíritu, como familia, supliquemos con insistencia al Señor.

R. Rey vencedor, escúchanos

1. A Cristo que ha sido constituido Cabeza de la Iglesia, pidámosle que conceda abundante felicidad y gozo a todos los fieles que celebran su triunfo. **R.**
2. A Cristo que ha otorgado el perdón y la paz a los pecadores, supliquémosle que conserve íntegramente en ellos los dones que la misericordia del Padre les ha restituido. **R.**
3. A Cristo que ha inaugurado la resurrección universal, pidámosle que alegre el corazón de los hombres que aún desconocen su victoria y llene de gozo a todos los pueblos y naciones **R.**
4. A Cristo que ha colmado de alegría a los pueblos y ha hecho vibrar de gozo nuestros corazones, pidámosle que renueve la esperanza de los que sufren y lloran. **R.**
5. A Cristo que ha alegrado al mundo entero, pidámosle que renueve nuestro espíritu y nos conceda la esperanza de compartir su triunfo y de resucitar con Él a una vida nueva. **R.**
6. A Cristo que con su resurrección ha devuelto la esperanza, pidámosle que tenga compasión de quienes sufren esta pandemia, ayude a quienes atienden a los enfermos, y reciba en su reino a los que han muerto **R.**

Después el guía, inicia la oración dominical con estas palabras.

Guía: Fieles a la recomendación del Salvador resucitado, y siguiendo su divina enseñanza, nos atrevemos a decir:

Y todos juntos prosiguen:

Padre nuestro...

Luego el guía invita a los presentes a desear la paz entre ellos. Evitando el saludo de manos, pueden realizar un signo externo para manifestar este deseo.

Comunión espiritual

Una vez expresado el deseo de la paz, tiene lugar la Comunión espiritual. Entonces el guía dice:

Guía: Recordemos que la *“la más perfecta participación en la celebración eucarística es la Comunión sacramental recibida dentro de la misa”* y que, la Comunión espiritual que *“es una práctica de devoción eucarística y que consiste en el deseo ardiente de decirle a Jesucristo cuánto queremos recibirle en nuestro interior”*, a diferencia de la comunión sacramental, ésta viene a ser un acto de deseo, que requiere nuestra disposición interna que debe contribuir eficazmente en nosotros para aumentar la sed de Dios y disponernos para que pronto lo recibamos sacramentalmente.

Por ello, con este firme deseo digamos juntos:

Creo, Jesús mío,
que estás verdaderamente
en el Santísimo Sacramento del altar;
te amo sobre todas las cosas
y deseo recibirte en mi interior.
Pero ya que ahora
no puedo hacerlo sacramentalmente,
ven al menos espiritualmente a mi corazón.
Y como si ya hubiera comulgado,
te abrazo y me uno todo a Ti.
Señor, no permitas que me separe de ti.

Estos mismos sentimientos se pueden expresar con un lenguaje coloquial:

Jesús, ya te extraño;
aunque deseo comulgar en este momento,
tengo que esperar
hasta que pueda participar en la Eucaristía,
por eso te pido que vengas ahora
espiritualmente a mi corazón”.

Después de un momento de silencio sagrado, se concluye con la siguiente oración.

Guía: Dios de bondad, protege paternamente con amor incansable a tu Iglesia, para que, renovada por los misterios pascuales, pueda llegar a la gloria de la resurrección. Por Jesucristo nuestro Señor.

Todos aclaman:
Amén.

Rito de conclusión

Luego el guía invoca la bendición de Dios, y al mismo tiempo que él se santigua, los demás también lo hacen, diciendo:

El Señor nos bendiga,
nos guarde de todo mal
y nos lleve a la vida eterna.

Todos aclaman.

Amén.

Se despide a la familia:

Anuncien a todos la alegría del Señor resucitado.
Vayan en paz, aleluya, aleluya.

Todos

Demos gracias a Dios, aleluya, aleluya.

Puede concluirse con el siguiente canto:

**Hoy Señor, te damos gracias,
por la vida, la tierra y el sol.
Hoy, Señor, queremos cantar
las grandezas de tu amor.**

1. Gracias, Padre, mi vida es tu vida,
tus manos amasan mi barro,
mi alma es tu aliento divino,
tu sonrisa en mis ojos está.

2. Gracias, Padre, Tú guías mis pasos,
Tú eres la luz y el camino,
conduces a ti mi destino
como llevas los ríos al mar.

3. Gracias, Padre, me hiciste a tu imagen,
y quieres que siga tu ejemplo
brindando mi amor al hermano,
construyendo un mundo de paz.

Terminada la celebración y si se cree oportuno puede tenerse una pequeña convivencia. Un momento que haga expresivo también el momento de la fiesta de Pascua que se celebra.

MOMENTO EXTRAORDINARIO DE ORACIÓN EN TIEMPOS DE EPIDEMIA PRESIDIDO POR EL SANTO PADRE FRANCISCO

Atrio de la Basílica de San Pedro
Viernes, 27 de marzo de 2020

«*Al atardecer*» (Mc 4,35). Así comienza el Evangelio que hemos escuchado. Desde hace algunas semanas parece que todo se ha oscurecido. Densas tinieblas han cubierto nuestras plazas, calles y ciudades; se fueron adueñando de nuestras vidas llenando todo de un silencio que ensordece y un vacío desolador que paraliza todo a su paso: se palpita en el aire, se siente en los gestos, lo dicen las miradas. Nos encontramos asustados y perdidos. Al igual que a los discípulos del Evangelio, nos sorprendió una tormenta inesperada y furiosa. Nos dimos cuenta de que estábamos en la misma barca, todos frágiles y desorientados; pero, al mismo tiempo, importantes y necesarios, todos llamados a remar juntos, todos necesitados de confortarnos mutuamente. En esta barca, estamos todos. Como esos discípulos, que hablan con una única voz y con angustia dicen: “perecemos” (cf. v. 38), también nosotros descubrimos que no podemos seguir cada uno por nuestra cuenta, sino sólo juntos.

Es fácil identificarnos con esta historia, lo difícil es entender la actitud de Jesús. Mientras los discípulos, lógicamente, estaban alarmados y desesperados, Él permanecía en popa, en la parte de la barca que primero se hunde. Y, ¿qué hace? A pesar del ajeteo y el bullicio, dormía tranquilo, confiado en el Padre —es la única vez en el Evangelio que Jesús aparece durmiendo—. Después de que lo despertaran y que calmara el viento y las aguas, se dirigió a los discípulos con un tono de reproche: «¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?» (v. 40).

Tratemos de entenderlo. ¿En qué consiste la falta de fe de los discípulos que se contraponen a la confianza de Jesús? Ellos no habían dejado de creer en Él; de hecho, lo invocaron. Pero veamos cómo lo invocan: «Maestro, ¿no te importa que perezcamos?» (v. 38). No te importa: pensaron que Jesús se desinteresaba de ellos, que no les prestaba atención. Entre nosotros, en nuestras familias, lo que más duele es cuando escuchamos decir: “¿Es que no te importo?”. Es una frase que lastima y desata tormentas en el corazón. También habrá sacudido a Jesús, porque a Él le importamos más que a nadie. De hecho, una vez invocado, salva a sus discípulos desconfiados.

La tempestad desenmascara nuestra vulnerabilidad y deja al descubierto esas falsas y superfluas seguridades con las que habíamos construido nuestras agendas, nuestros proyectos, rutinas y prioridades. Nos muestra cómo habíamos dejado dormido y

abandonado lo que alimenta, sostiene y da fuerza a nuestra vida y a nuestra comunidad. La tempestad pone al descubierto todos los intentos de encajonar y olvidar lo que nutrió el alma de nuestros pueblos; todas esas tentativas de anestesiar con aparentes rutinas “salvadoras”, incapaces de apelar a nuestras raíces y evocar la memoria de nuestros ancianos, privándonos así de la inmunidad necesaria para hacerle frente a la adversidad.

Con la tempestad, se cayó el maquillaje de esos estereotipos con los que disfrazábamos nuestros egos siempre pretenciosos de querer aparentar; y dejó al descubierto, una vez más, esa (bendita) pertenencia común de la que no podemos ni queremos evadirnos; esa pertenencia de hermanos.

«¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?». Señor, esta tarde tu Palabra nos interpela se dirige a todos. En nuestro mundo, que Tú amas más que nosotros, hemos avanzado rápidamente, sintiéndonos fuertes y capaces de todo. Codiciosos de ganancias, nos hemos dejado absorber por lo material y trastornar por la prisa. No nos hemos detenido ante tus llamadas, no nos hemos despertado ante guerras e injusticias del mundo, no hemos escuchado el grito de los pobres y de nuestro planeta gravemente enfermo. Hemos continuado imperturbables, pensando en mantenernos siempre sanos en un mundo enfermo. Ahora, mientras estamos en mares agitados, te suplicamos: “Despierta, Señor”.

«¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?». Señor, nos diriges una llamada, una llamada a la fe. Que no es tanto creer que Tú existes, sino ir hacia ti y confiar en ti. En esta Cuaresma resuena tu llamada urgente: “Convertíos”, «volved a mí de todo corazón» (Jl 2,12). Nos llamas a tomar este tiempo de prueba como un momento de elección. No es el momento de tu juicio, sino de nuestro juicio: el tiempo para elegir entre lo que cuenta verdaderamente y lo que pasa, para separar lo que es necesario de lo que no lo es. Es el tiempo de restablecer el rumbo de la vida hacia ti, Señor, y hacia los demás. Y podemos mirar a tantos compañeros de viaje que son ejemplares, pues, ante el miedo, han reaccionado dando la propia vida. Es la fuerza operante del Espíritu derramada y plasmada en valientes y generosas entregas. Es la vida del Espíritu capaz de rescatar, valorar y mostrar cómo nuestras vidas están tejidas y sostenidas por personas comunes —corrientemente olvidadas— que no aparecen en portadas de diarios y de revistas, ni en las grandes pasarelas del último show pero, sin lugar a dudas, están escribiendo hoy los acontecimientos decisivos de nuestra historia: médicos, enfermeros y enfermeras, encargados de reponer los productos en los supermercados, limpiadoras, cuidadoras, transportistas, fuerzas de seguridad, voluntarios, sacerdotes, religiosas y tantos pero tantos otros que comprendieron que nadie se salva solo. Frente al sufrimiento, donde se mide el verdadero desarrollo de nuestros pueblos, descubrimos y experimentamos la oración sacerdotal de Jesús: «Que todos sean uno» (Jn 17,21). Cuánta gente cada día demuestra paciencia e infunde esperanza, cuidándose de no sembrar pánico sino corresponsabilidad. Cuántos padres, madres, abuelos y abuelas, docentes muestran a nuestros niños, con gestos pequeños

y cotidianos, cómo enfrentar y transitar una crisis readaptando rutinas, levantando miradas e impulsando la oración. Cuántas personas rezan, ofrecen e interceden por el bien de todos. La oración y el servicio silencioso son nuestras armas vencedoras.

«¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?». El comienzo de la fe es saber que necesitamos la salvación. No somos autosuficientes; solos nos hundimos. Necesitamos al Señor como los antiguos marineros las estrellas. Invitemos a Jesús a la barca de nuestra vida. Entreguémosle nuestros temores, para que los venza. Al igual que los discípulos, experimentaremos que, con Él a bordo, no se naufraga. Porque esta es la fuerza de Dios: convertir en algo bueno todo lo que nos sucede, incluso lo malo. Él trae serenidad en nuestras tormentas, porque con Dios la vida nunca muere.

El Señor nos interpela y, en medio de nuestra tormenta, nos invita a despertar y a activar esa solidaridad y esperanza capaz de dar solidez, contención y sentido a estas horas donde todo parece naufragar. El Señor se despierta para despertar y avivar nuestra fe pascual. Tenemos un ancla: en su Cruz hemos sido salvados. Tenemos un timón: en su Cruz hemos sido rescatados. Tenemos una esperanza: en su Cruz hemos sido sanados y abrazados para que nadie ni nada nos separe de su amor redentor. En medio del aislamiento donde estamos sufriendo la falta de los afectos y de los encuentros, experimentando la carencia de tantas cosas, escuchemos una vez más el anuncio que nos salva: ha resucitado y vive a nuestro lado. El Señor nos interpela desde su Cruz a reencontrar la vida que nos espera, a mirar a aquellos que nos reclaman, a potenciar, reconocer e incentivar la gracia que nos habita. No apaguemos la llama humeante (cf. Is 42,3), que nunca enferma, y dejemos que reavive la esperanza.

Abrazar su Cruz es animarse a abrazar todas las contrariedades del tiempo presente, abandonando por un instante nuestro afán de omnipotencia y posesión para darle espacio a la creatividad que sólo el Espíritu es capaz de suscitar. Es animarse a motivar espacios donde todos puedan sentirse convocados y permitir nuevas formas de hospitalidad, de fraternidad y de solidaridad. En su Cruz hemos sido salvados para hospedar la esperanza y dejar que sea ella quien fortalezca y sostenga todas las medidas y caminos posibles que nos ayuden a cuidarnos y a cuidar. Abrazar al Señor para abrazar la esperanza. Esta es la fuerza de la fe, que libera del miedo y da esperanza.

«¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?». Queridos hermanos y hermanas: Desde este lugar, que narra la fe pétrea de Pedro, esta tarde me gustaría confiarlos a todos al Señor, a través de la intercesión de la Virgen, salud de su pueblo, estrella del mar tempestuoso. Desde esta columnata que abraza a Roma y al mundo, descienda sobre vosotros, como un abrazo consolador, la bendición de Dios. Señor, bendice al mundo, da salud a los cuerpos y consuela los corazones. Nos pides que no sintamos temor. Pero nuestra fe es débil y tenemos miedo. Mas tú, Señor, no nos abandones a merced de la tormenta. Repites de nuevo: «No tengáis miedo» (Mt 28,5). Y nosotros, junto con Pedro, “descargamos en ti todo nuestro agobio, porque Tú nos cuidas” (cf. 1 P 5,7)

¡ALELUYA!
¡EL SEÑOR RESUCITÓ!
- FELIZ PASCUA

Primicia de los muertos,
sabemos por tu gracia que estás resucitado;
la muerte en ti no manda.

Rey vencedor,
apiádate de la miseria humana
y da a tus fieles parte en tu victoria santa.

(De la secuencia de la liturgia del Domingo de Pascua)